

A woman is seated on a blue tufted chair with a floral pattern. She is wearing a vibrant red, long-sleeved dress with a ruffled hem. Her right hand rests on her lap, and her left hand is visible at the bottom left, wearing a wide, ornate bracelet. The background is a plain white wall.

NORA ROBERTS

Bajo la piel

visto y hecho tanto como él, sintió un desagrado instantáneo. El escritor entraba en unos detalles gráficos e implacables, perfilando sus fantasías, necesidades e intenciones. Las últimas cartas incorporaban insinuaciones veladas de que quien escribía se encontraba cerca. Mirando. Esperando.

Al terminar, Quinn ordenó las notas en un montón.

–¿Está segura de que no quiere que participe la policía?

Chantel se había sentado frente a él, y en ese momento juntó las manos en el regazo. Se dijo que no le caía bien. No le gustaba su aspecto ni cómo se movía. Ni el hecho de que tenía una voz casi poética, tan distinta de su cara cínica. Entonces, si todo eso era verdad, por qué sentía como si quisiera, incluso necesitara, su ayuda. Lo miró a los ojos. Se dijo que a veces había que hacer pactos con el diablo.

–No, no quiero que intervenga la policía. No quiero publicidad de este asunto. Lo que quiero es que se encuentre y detenga a ese hombre.

Quinn se levantó y se sirvió otra copa. Tanto las copas como la cubitera eran Rosenthal. Apreciaba las cosas elegantes, así como sabía tratar con los aspectos más toscos de la vida. Cerveza de una botella o vino de una copa de cristal poco importaban si lograbas saciar la sed. Apreciaba la belleza, pero no se dejaba engañar por ella. Un caparazón exterior no significaba nada.

Chantel O’Hurley poseía belleza y elegancia. Si aceptaba el trabajo, por la misma naturaleza de éste terminaría por averiguar cuánto era caparazón y cuánto sustancia. Eso lo hacía titubear. Entendía lo peligroso que podía ser disponer de conocimiento sobre otra persona... para todas las partes involucradas.

Siempre que quisiera, podría controlar la atracción que su aspecto despertaba en él. Lo que no controlaría, lo que jamás había sido capaz de controlar, era la curiosidad por descubrir qué había bajo la piel.

Bebió un trago de vodka y giró. Ella había vuelto a sentarse, y sólo con mirarla habría sido fácil pensar que se encontraba relajada, incluso distante. Los dedos de la mano izquierda se movieron un poco, cerrándose, separándose, como si hubiera conseguido centrar sus nervios en ese punto. Se encogió de hombros y se adaptó al trato dispensado por ella.

–Quinientos dólares al día, más gastos.

Chantel enarcó una ceja. Fue su único movimiento, y con él transmitió un espectro de sensaciones... diversión, reflexión y desagrado. Lo que no mostró fue el súbito alivio que la invadió.

–Es una suma considerable, señor Doran.

–El servicio está a la altura de la paga.

–Es algo en lo que insisto –se reclinó y apoyó los dedos entrelazados bajo la barbilla. Tenía las muñecas finas y las manos tan delicadas como el rostro. En la mano derecha centelleó un diamante, luego se volvió tan blanco y frío como el resto de ella–. ¿Y qué es lo que recibo por quinientos dólares al día más gastos?

Él sonrió antes de llevarse la copa a los labios.

–A mí, señorita O’Hurley.

Ella también sonrió un poco. Volvía a tener el control, y el miedo menguaba.

–Interesante –la mirada que le lanzó estaba pensada para clavar a un hombre a la pared y hacerlo suplicar. Quinn sintió el impacto y reconoció el poder–. ¿Qué hago con usted?

–Lo ha captado al revés –se acercó a ella y se detuvo junto a la silla para inclinarse.

Chantel percibió un aroma, no colonia, tampoco jabón, sino una masculinidad descarnada y completamente satisfecha. Aunque no retrocedió, reconoció la atracción que despertaba en ella.

–¿Qué es lo que he comprendido al revés, señor Doran?

–Se trata de lo que hago yo con usted. Quinientos al día, ángel, y su confianza. Ése es mi precio. Lo paga y recibe protección las veinticuatro horas, empezando por apostar a uno de mis hombres en la cancela de su casa.

–Si ya tengo la cancela, ¿para que voy a necesitar un guardia?

–¿Se le ha ocurrido pensar alguna vez que una puerta de hierro sirve de poco si va a abrírsele a cualquiera que llame?

–Lo que no se me ocurrió es que tendría que encerrarme.

–Acostúmbrase, porque quienquiera que le esté enviando las flores no tiene una personalidad sana.

El pánico apareció en sus ojos para desvanecerse al instante. Quinn le concedió puntos por dominarlo tan deprisa.

–Soy consciente de eso.

–Necesito conocer su agenda. A partir de mañana, uno de mis hombres la acompañará cada vez que asome su bonita nariz por la puerta.

–No –se incorporó dominada por la terquedad de los O’Hurley–. Por quinientos dólares al día, lo quiero a usted, Doran. Es en usted en quien Matt confía, y es a usted a quien voy a pagar.

Estaban muy cerca. La perfección de la cara de ella podía quitarle el aliento a un hombre. Llevaba el pelo hacia atrás en una cascada gloriosa, como el de un ángel. Si un hombre lo tocaba, ¿encontraría el cielo o caería de las nubes? Cuando llegara ese momento, a Quinn no le preocuparían las consecuencias.

–Puede llegar a lamentarlo –murmuró, para sonreír despacio.

Chantel lo sabía, pero el orgullo no le permitía dar marcha atrás.

–Pago por usted, señor Doran. Ése es el trato.

–Usted es la jefa –alzó la copa–. Dos de mis hombres vendrán por la mañana para pinchar el teléfono.

–No quiero...

–No acepto el trabajo si me ata las manos –la sonrisa relajada desapareció con la misma celeridad que había aparecido–. Pincharemos el teléfono, quizá revele algo que lo delate, quizá tengamos suerte y rastreemos de dónde llama. Piense en nosotros como en médicos –volvió a sonreírle–. Si quiere decirle algo íntimo a uno de sus... amigos, no se preocupe. Ya lo hemos oído todo, y más.

El genio había sido lo que más le había costado dominar. Surgió y lo desterró antes de volver a hablar.

–Estoy segura de ello. ¿Qué más?

–Me llevaré las cartas. Dudo que podamos rastrear el papel, pero lo intentaremos.

¿Conoce a alguien que crea que pueda ser el responsable de esto?

–No –la respuesta fue inmediata y con completa seguridad.

Quinn decidió comprobar a todas las personas próximas a ella.

–¿Dejó a alguien en los últimos meses que hubiera podido estar enamorado de usted?

–A miles.

Él sacó un bloc de notas y un lápiz corto del bolsillo.

–Necesito los nombres de aquéllos con quienes se haya acostado. Nos remontaremos a tres meses.

–Váyase al infierno –repuso con dulzura, luego empezó a sentarse. Él la sujetó por la muñeca.

–Escuche, no estoy jugando con usted. Personalmente no siento el más mínimo interés en los hombres que hayan podido pasar por su cama. Esto es un trabajo.

–Así es –echó la cabeza hacia atrás–. Y asunto exclusivo mío.

La piel de ella era más cálida de lo que parecía. Fue una información que archivó para analizar luego.

–Uno de ellos ha podido volverse tarumba. Quizá se acostó con él un par de veces y eso le dio ilusiones de grandeza. Piense en ello. Esto empezó hace seis semanas, ¿con quién estaba antes?

–Con nadie.

El rostro de él reflejó irritación al apretar su muñeca con más fuerza.

–Deme un respiro, ángel. No tengo toda la noche.

–He dicho con nadie –se soltó el brazo. Durante un instante deseó soltarle una o dos docenas de nombres, para verlo sudar–. Crea lo que le apetezca.

–Le diré lo que no creo, y es que se pase las noches sola haciendo calceta.

–No me meto en la cama con cualquier hombre que pase junto a mí –con un movimiento calculado, bajó la vista para hacer que medía la distancia que había entre ellos.

–A mí me parece que hay diez centímetros –musitó él.

–Lamento decepcionarlo, pero primero he de estar interesada, y no lo he estado. Además, estaba enfrascada en el trabajo, que tiende a ocuparme mucho tiempo –con gesto inconsciente, se frotó la muñeca allí donde él había apretado–. ¿Satisfecho?

–Vamos, Quinn, déjala en paz –sintiéndose atrapado en medio de la situación, Matt se acercó para rodear los hombros de Chantel con un brazo–. Ya ha tenido momentos bastante duros.

–No es mi trabajo sostenerle la mano –Quinn recogió las cartas, irritado por la sensación de disgusto que experimentó consigo mismo–. Volveré mañana. ¿A qué hora se levanta?

–A las cinco y cuarto –no pudo resistir una burla cuando sólo recibió la mirada fija de él–. Me marchó al estudio a las seis menos cuarto. De la mañana, señor Doran. ¿Podrá sobrellevarlo?

–Usted rellene el cheque. Mil quinientos por adelantado.

–Lo tendrá. Buenas noches, señor Doran.

–Hágase un favor y no vuelva a contestar al teléfono por esta noche –le hizo un gesto a Matt y se marchó.

Chantel esperó hasta oír el sonido de la puerta al cerrarse. Fue a la mesita de centro y

sacó otro cigarrillo.

–Tu amigo es un canalla, Matt.

–Lo ha sido siempre –convino el otro–. Pero es el mejor.

Capítulo 3

Chantel había pensado que no dormiría. La casa había parecido tan enorme a su alrededor, y tan silenciosa. Pero se había metido en la cama con la visión de Quinn Doran en la mente. Sólo pensar en él la ponía furiosa, insultaba su inteligencia, hería su orgullo. Y hacía que se sintiera a salvo.

Durmió únicamente seis horas, pero de forma profunda.

La despertó la música que salía del altavoz de pared que había junto a la cama. Se incorporó, rodeada de cojines y cubierta de sábanas de satén de color marfil, nada más.

La cama había sido uno de los primeros lujos que se había concedido, casi antes de poder permitírselo. Era enorme y antigua, con un cabecero tallado de madera de cerezo que hacía que pensara en princesas que despertaban de un sueño de cien años. Mientras crecía, invariablemente había dormido en camas de hotel, y al firmar su primer contrato cinematográfico había decidido que una cama bonita era algo que merecía. Un pequeño papel en una gran producción había bastado para alimentar sus esperanzas. Años más tarde, despertar en la antigua cama con dosel aún le proporcionaba la misma satisfacción.

Deseó poder estar con sus hermanas. La sensación de seguridad sería más tangible.

Cuando unas semanas atrás fue a Nueva York, había tenido ganas de hablarle a Maddy sobre las cartas y las llamadas. Una parte de ella quería y necesitaba hacerlo, pero Maddy había estado muy preocupada. «Y con razón», se recordó al estirarse. Estaba a punto de estrenar la obra de teatro, y su corazón se hallaba centrado en el hombre que la producía. «Y todo por una buena causa», pensó con una sonrisa. La obra era un éxito y Maddy planeaba su boda.

«Más vale que sea bueno para ella», se dijo al surgir el viejo instinto de protección. Ya había tenido que ver a una hermana pasar por un matrimonio desdichado. No podría soportar que Maddy también sufriera.

«Estará bien», se aseguró. Del mismo modo que Abby estaba bien. Ambas habían encontrado al hombre adecuado en el momento adecuado. Tenía a una hermana planificando una boda y a otra preparándose para dar a luz a su tercer hijo. No podía estropear eso contándoles su problema. Además, ella era la trilliza mayor, aunque fuera por unos minutos. Para Chantel eso significaba que tenía la responsabilidad de ser la más fuerte. Sabía que podía contar con ellas, pero era la mayor.

Habían avanzado tanto. Se sentó en el centro de la lujosa cama y miró alrededor del dormitorio, que era más grande que su primer apartamento en California. ¿Por qué consideraba que aún le quedaba mucho camino por recorrer?

Se dijo que no era el momento de filosofar. Después de subir el volumen de la radio, se levantó de la cama y se preparó para afrontar otro día de rodaje.